

# *La historiografía francesa en 1993*

*Carlos Serrano*

Con pie de imprenta de 1992, pero del mes de diciembre y, por tanto, sin repercusión efectiva en librerías y prensa antes del año nuevo, el acontecimiento historiográfico de 1993 es, sin duda alguna, la salida del último tomo de la imponente serie de los *Lieux de mémoire* dirigida por Pierre Nora <sup>1</sup>. Este volumen, de algo más de mil páginas, se inserta como tercer tomo -con título «De l'archive à l'emblème», después de «Conflits et partages» y «Traditions»- de la tercera parte del conjunto, titulada a su vez «Les France», después que las dos primeras se compusieran, respectivamente, de los dos tomos dedicados a «La République» y de los tres de «La Nation». Para los autores, «después de los lugares descriptivos de la división, después de los lugares constitutivos de la tradición», se trataba de abordar ahora «los lugares demostrativos de la identidad».

Esta «identidad», francesa y de los franceses, se aborda entonces aquí en una triple dimensión: inscripción material, que supone unas instituciones (la genealogía, el notariado, los archivos nacionales, respectivamente examinados por A. Burguière, J.-P. Poisson, K. Pomian) e inscripción narrativa (el relato de vida, esencialmente el de las «vidas obreras», en el que Michelle Perrot recoge en particular la singular historia de *Fils du peuple*, la «autobiografía» compleja del que fue

---

<sup>1</sup> NORA, PIERRE, *Les lieux de mémoire*, París, Gallirnard (<<Bibliothèque illustrée des Histoires>>), 8 vols., 1984-1992.

el secretario general del PCF, Maurice Thorez); inscripción, finalmente, de un presente acaso moribundo, designado aquí como «l'âge industriel» (L. Bergeron) y que se esfuerza por determinar las diversas modalidades de inscripción de la memoria industrial, a través de las vías francesas de esa *industrial archaeology* que da nacimiento a los ecomuseos o a las rehabilitaciones de naves industriales desviadas hacia otras finalidades. Fieles, sin embargo, al espíritu general de la obra, los autores no se limitan al examen de unas *instituciones* materiales de esta índole. Tras el examen de los elementos deliberadamente destinados a preservar la memoria-identidad -como es un archivo, por ejemplo--, se pasa entonces al estudio de 10 que se denomina aquí «les hauts lieux», esto es, el examen de unos lugares en que espacio y monumento convergen en una tradición, para engendrar un proceso de significación simbólica: desde Lascaux y Alesia (Demoule, Buchsenschutz-Schnapp) hasta el Sacré-Coeur de Montmartre y la torre Eiffel (Loyer, Loyrett), pasando por Vézelay y Notre-Dame de París (Lobrichon, Erlande-Brandeburg), se trata menos del imposible inventario de los monumentos ilustres que de un recorrido por los tópicos de una conciencia nacional que busca los puntos sólidos donde anclar una identidad que acaso se perciba como amenazada.

El recorrido se acaba entonces precisamente con el apartado «Identifications»: imágenes, estereotipos, lemas y convenciones que de una forma u otra les han servido -**yen** gran parte les siguen sirviendo-- a los franceses para reconocerse y comulgar en una identidad simbólica común. En este conjunto pueden coexistir entonces a la vez el gallo supuestamente galo (animal-emblema nacido del juego de palabras bajo-latino Gallus-gallus, esto es Gallo-galo, según recuerda Pastoureau), Carlomagno y su barba florida (Morrisey), la inevitable Juana de Arco (Winock) y el no menos inevitable Descartes (de quien deriva ese «espíritu cartesiano» quintaesencia supuesta de un no menos supuesto «espíritu francés» -Azouvi-), París ciudad-mito (Agulhon) y el rey como categoría (Boureau). Pero no todo es pura imagen o encarnación, y la elasticidad del proyecto permite incorporar también esas abstracciones que son la noción de una Francia «hija mayor de la Iglesia» (a cargo de Rémond), «el genio de la lengua francesa» (Fumaroli) o la divisa «Liberté, Egalité, Fraternité», la que, sin duda, es el signo identificatorio por excelencia, para propios y para extraños, de Francia o, por 10 menos, de una cierta

### *La historiografía francesa en 1993*

Francia, imaginada e imaginaria, que busca en su lejana ascendencia revolucionaria unos fundamentos a la vez siempre reivindicados y, sin embargo, siempre discutidos (Ozouf).

Esta larga peregrinación por el imaginario construido que una sociedad, la francesa, se ha ido forjando a lo largo de los siglos e inscribiendo en su patrimonio memorial no podía evitar el desembocar en una reflexión sobre el acto de *rememoración* por excelencia que constituye la «conmemoración». A modo de conclusión del tomo, pero a su vez también del amplio conjunto que ha venido dirigiendo durante cerca de diez años, Pierre Nora dedica un capítulo a «La era de la conmemoración». No se trata, sin embargo, de un capítulo más, similar a otro cualquiera de los que preceden. Si, por un lado, observa un elemento más de la práctica social en su relación con la memoria histórica, por otra parte, procura establecer el balance de la empresa, volviendo sobre ella, en un proceso meta-histórico, y dirigiéndole una mirada crítica. De entrada, la observación es entonces paradójica: ¿no se trataba, en efecto, de escapar con estos *Lieux de la mémoire* a una interpretación histórica fundada sobre el culto celebratorio al que son tan adictas las sociedades? ¿El propósito no era tomar una distancia crítica, que permitiera examinar el proceso mismo por el que una sociedad construye un discurso que le lleva a ofrecer diversos objetos a la veneración nacional? Y, sin embargo, Nora no puede menos de observar la paradoja: esta empresa, que tendía a distanciarse para analizar el proceso conmemorativo, se halla de lleno absorta en el mismo fenómeno que pretendía estudiar: «Entre una empresa que puso la conmemoración en el centro de sus intereses y este momento histórico habitado por la obsesión conmemorativa existe en efecto una relación. ¿Cómo no ver que estos *lugares* han salido a la luz en una Francia que había entrado en una fase de alta frecuencia conmemorativa?» Al fin y al cabo, parece que hay una relación entre este proyecto historiográfico y el momento histórico que lo sustenta y alimenta, de tal modo que el libro pasa a convertirse en un elemento mismo del objeto que examina: «Escasos son los libros de historia cuya historia es lo suficientemente larga para incluir su propia historia. Es la suerte que ha tenido éste», puede comentar entonces Pierre Nora. De ahí el autor pasa entonces a desarrollar un análisis agudo de las posibles distinciones entre «celebración» y «conmemoración», sintetiza el afán «conmemorativo» de los últimos años en Francia, en sus diversas y contradictorias manifestaciones (desde

el 68 hasta el bi-Centenario de la Revolución), observa la evolución misma del acto celebrativo que parece haber roto sus lazos con el modelo heredado de la Revolución y de la Tercera República. De unitarista y unificadora, la ceremonia conmemorativa o celebracionista pasa a convertirse en acto más o menos partidario, en todo caso arbitrario y siempre de dudosa legitimidad, a no ser que se convierta en mero espectáculo para una sociedad-espectáculo, símbolo acaso de un nuevo momento histórico. Como quiera que sea, sólo queda entonces observar el curioso destino, múltiple y a veces distorsionado, de esa misma expresión por él forjada de los «lugares de la memoria», instrumento de conocimiento y, corno tal, concepto operativo que puede, sin embargo, convertirse en su contrario al pasar a no ser más que una designación cómoda para el hipotético inventario general —babélico, en el sentido que un Borges pudiera dar a esta palabra— de todos los bienes «nacionales» reducidos al amontonamiento de todos los restos del pasado.

No está de más, en este itinerario extrañamente circular que va convirtiendo el instrumento de análisis en objeto de ese mismo análisis, recordar la definición que en 1984 daba el propio Nora de estos famosos «lugares de memoria», tal y como los recoge el diccionario (el *Robert* para el caso) que se reproduce, en un juego de espejos y de cajita china, en el presente volumen, quintaesencia, pues, de quintaesencia: «unidad significativa, de orden material o ideal que la voluntad de los hombres o el trabajo del tiempo han transformado en elemento simbólico de una comunidad cualquiera». Pero a pesar de sus apariencias, la noción no es todo lo clara que parece, y ha dado lugar a no pocas ambigüedades que Nora ha resumido posteriormente, en particular en una larga entrevista para el suplemento «Libros» del periódico *Le Monde* (5 de febrero de 1993): desde un primer momento, comenta entonces, esos «lugares de memoria» han sido «a veces materiales y siempre inmateriales puesto que de orden puramente simbólicos». Sin rechazar el uso extensivo y «salvaje» que de la expresión se vino haciendo con posterioridad a 1984, Nora especifica entonces que para él la noción remite estrictamente «a cualquier sistema de signos en tanto que tenga una unidad orgánica y sea portador de memoria», lo que le conduce a hacer hincapié en la dimensión «inmaterial» de la noción así desarrollada, incluso cuando ésta sirva para designar un objeto material: se trata siempre de hacer resaltar la «dimensión simbólica, y por tanto, memorial, y por tanto, inme-

terial de objetos que pueden ser monumentos, lugares, paisajes, objetos palpables, pero también (...) fórmulas, divisas, representaciones, fiestas, etc.».

No se trata aquí de entrar a discutir la validez de un término que el uso parece haber consagrado ya -pero que no deja de plantear problemas: ¿por qué «lugares de memoria» y no «simbólicos», por ejemplo?-, ni mucho menos de resumir el contenido de una obra -colectiva- de amplísimas miras. Tampoco es posible abordar el trasfondo, metodológico y filosófico y, sobre todo, histórico, al que la obra remite. Baste entonces sugerir que esta empresa historiográfica, innovadora y de fuerte capacidad heurística, pretende romper, en su presentación misma como en la elaboración de sus temas, con una concepción lineal y totalizadora del discurso histórico. Dicho en otros términos, el modelo historiográfico aquí puesto en obra rompe con los sistemas explicativos globalizantes, los «grandes relatos» para hablar con los términos de Lyotard, y asume lo discontinuo y fragmentado como modo de conocimiento; si bien el proyecto final no deja de llegar a ser la fiel traducción, compleja pero completa, de «un momento de la mirada de los franceses sobre Francia». Elemento decisivo en este proceso: la reivindicación de lo simbólico, de lo imaginario, como elemento esencial en la comprensión del proceso histórico «real».

El interés manifestado por la historiografía francesa más reciente hacia los elementos simbólicos e imaginarios no se limita, evidentemente, a la colección hasta aquí reseñada. Por no tomar más que un ejemplo, derivado de la misma -en la que el autor, por lo demás, ha participado- pero que conquista ahora su propia autonomía temática y metodológica, vale la pena mencionar la salida del libro de Gérard de Puymège, *Chauvin, le soldat laboureur* <sup>2</sup>. La obra es, en este sentido, casi emblemática, puesto que, al tomar como objeto de estudio este personaje, de hecho explora los orígenes y el desarrollo de un verdadero mito de la cultura política y social de los franceses, que posteriormente se universalizó y, en su forma sustantiva, sirvió un poco en todo el mundo para designar esa desviación perversa del sentimiento nacional que se conoce bajo el nombre de *chauvinisme*. La investigación, entonces, es reveladora. Contra todo lo que se creía

---

<sup>2</sup> PUYMÈGE, G. de, *Chauvin, le soldat laboureur (Contribution à l'étude des nationalismes)*, París, Gallimard, 1993.

y venían diciendo los cronistas desde el siglo pasado, aparece ahora que ese «soldado Nicolas Chauvin» -antiguo *grognard* del ejército de Napoleón nacido en Rochefort, que se habría distinguido por su exaltación patriótica hasta el punto de que sus compañeros hicieran de él ese símbolo que iba a pasar a la historia y a la lengua...- no ha existido nunca como tal. Todo aquí es falso; o, mejor dicho, todo es elaboración a partir de una proliferación de imágenes más o menos fuertemente arraigadas desde el siglo XVIII en las mentalidades francesas, que asocian la representación del soldado y del labrador en tanto que parangón de las virtudes nacionales y que llegarán a culminar, por ejemplo, en la Francia de Vichy y del mariscal Pétain. Tras un amplio recorrido por unas fuentes originales, que van de las litografías populares de los años 1800 hasta las coplas de contenido más o menos verde que cantan las glorias, militares y eróticas, del robusto militar campesino, o las teatralizaciones del mismo tema que surgen en el primer tercio del siglo XIX, Puymège llega a la conclusión de que «el *chauvinisme* remite a un mito potente y expresa pulsiones violentas, pero no se ofrece como expresión pura y sencilla de una realidad ni como una *ideoLogía*, de la que no posee la coherencia ni la articulación teórica ni la pretensión explicativa o científica. Se asienta en las imágenes y no en las ideas, y se queda en el nivel de los relatos, de los símbolos, de lo emocional no racionalizado. Y, por tanto, no es posible ver en él un sinónimo del nacionalismo, que ha suscitado definiciones muy diversas y a veces contradictorias». Estas consideraciones le llevan a concluir: «El *chauvinisme* no es asimilable al nacionalismo francés, al que precede y del que constituye una de las fuentes, y la más original» (p. 276).

Más allá del resultado concreto de esta investigación precisa, lo que acaso aporte de más relevante el citado libro es un planteamiento y algunas sugerencias. Por un lado, en efecto, opta claramente por el recurso a unas fuentes literarias, iconográficas, etc., que no corresponden a los cánones tradicionales de la investigación histórica, y por otro, que de hecho es el determinante, postula que una investigación sobre el «nacionalismo» francés no es reductible a su mera dimensión política o institucional, sino que requiere la exploración de los sustratos afectivos e imaginarios de la sociedad. En este sentido, tanto este libro como, de manera más general, muchas de las investigaciones que se han venido haciendo desde perspectivas más o menos similares, con los *Lieux de la mémoire* a la cabeza, manifiestan una

evidente propensión a la interrogación sobre la «identidad francesa», abordada aquí desde su perspectiva histórica acaso porque se la siente de alguna forma «amenazada» desde la perspectiva de la política o de lo social. Como quiera que sea, toda esta literatura historiográfica reciente viene acaso a colmar un hueco del período anterior en el que la historia social, en particular, había dejado excesivamente vacante la temática nacional. De esta forma, en un enfoque acaso todavía muy galocentrista, esta historiografía francesa reciente parece querer responder al reto de su homóloga anglosajona, elaborando sus propias modalidades de investigación de esa «invención de la tradición» de la que hablaba hace poco Eric Hobsbawm (del que, dicho sea de paso, precisamente en 1992 se tradujo al francés *Nations and nationalism since 1780. Programme, myth, reality*).

Esta predilección -probablemente obligada por las propias circunstancias históricas- por los temas «identitarios», por sus efectos en el imaginario social y sus proyecciones simbólicas tiene entre otros efectos el de poner especial énfasis en la dimensión «cultural» de la historia contemporánea. De hecho, parece prolongarse en la actualidad una vía de investigación bastante rica de la historiografía francesa, en torno al mundo de los «intelectuales», considerados desde diversos ángulos y perspectivas. En este tema, los investigadores agrupados en los seminarios del «Institut du temps présent» por Racine y Trebich han adoptado esta vez una deliberada orientación comparatista, abordando sucesivamente ámbitos territoriales muy diversos (tanto europeos como americanos, etc.), y van dando lugar a publicaciones, pero que de momento son más bien para el uso interno de la propia investigación. Otras dimensiones tienen, pues, necesariamente los trabajos ya más acabados, que dan a conocer el resultado de encuestas sectoriales centradas en el caso específico francés, como el libro de Dufay y Dufort, *Les Normaliens*<sup>3</sup>, que examina esa forma tan típicamente francesa de formación de las «élites» intelectuales que es la Escuela Normal Superior; o de una temática específica, como corresponde a la tesis que Christophe Prochasson publica hoy bajo el título de *Les intellectuels, le socialisme et la guerre*<sup>4</sup>, que abarca todo el período 1900-1938. La obra sigue de algún modo las hue-

<sup>3</sup> DUFAY, F., y DUFOHT, P. M., *Les Normaliens*, París, Lattès, 1993 (prólogo de H. Debry).

<sup>4</sup> PROCIASSON, Ch., *Les intellectuels, Le socialisme et la guerre*, París, Seuil, 1993 (prefacio de M. Rcb(Srioux)).

Has de los trabajos precursores de Ory, Sirinehi y algunos más, sin dejar de ser innovadora en su campo, tratando de recomponer las diversas secuencias que conducen en particular a la izquierda intelectual francesa desde el *affaire* Dreyfus y la primera guerra mundial (con la disyuntiva entre el pacifismo o la opción de defensa nacional) hasta las angustiosas interrogaciones frente a ese universo bipolar de referencia que a finales de los años treinta pasan a representar, por una parte, una Unión Soviética cuyo brillo utópico empiezan a empañar los procesos moscovitas y, por otra, una España en guerra, que parece imponer la ley de la máxima urgencia.

Estas investigaciones, más o menos sectoriales, que desde unos años a esta parte se han ido desarrollando en torno a lo que, globalmente, podría llamarse acaso la «historia cultural» encuentran en la producción historiográfica reciente una especie de momentánea culminación con el importante volumen *Les formes de la culture*, cuarto y último tomo (después de *L'espace français*, *L'Etat et les pouvoirs* y *L'Etat et les conflits*) de la *Histoire de la France* publicada en una orientación «más temática que narrativa y cronológica», como escribe en su introducción Burguiere, que ha dirigido con Revel esta amplia empresa<sup>5</sup>. Los diversos autores recorren la historia de las prácticas culturales, abordándolas a través de una sistemática que procura a la vez plantear las características estructurales de sus diferentes *tiempos*, así como las modalidades de las transiciones de unos a otros. La primera parte, más centrada sobre las permanencias e inscrita bajo el rótulo de «la herencia», examina entonces sucesivamente «los fundamentos de una cultura familiar» (Burguiere), «una cultura campesina» (Fabre) y «una Francia burguesa» (Plessis). La segunda parte, a la inversa, se ciñe más a las modalidades del cambio, anunciado por el título «Las opciones» («Les choix»), y enfoca las «trayectorias y tensiones culturales del Antiguo Régimen» (Chartier), así como las «rupturas y figuras contemporáneas» (Rebérioux y Prochasson). El conjunto desemboca, como era casi inevitable dado todo lo dicho hasta aquí, sobre «la memoria», considerada a través de «una pasión francesa: la historia» (Joutard). El objetivo declarado de la serie, más aún, de este último tomo, es aclarar la «génesis del fenómeno nacional», pero tratando de definir una postura propia, que rom-

---

<sup>5</sup> BURGUIÈRE, A., y REVEL, I., *Histoire de la France*, vol. 4: *Les formes de la culture*, París, Seuil, 1993.

pa a la vez con el imperialismo mesiánico de una historiografía «nacional» que hacía de Francia el supuesto modelo universal, y con la tradición romántica alemana, plasmada en un *volksgeist* que postulaba al contrario una irreductible singularidad. En ese difícil reto, el universo de prácticas, de representaciones, de costumbres que examina el volumen viene entonces a ser como el principio motor del conjunto, cuya lenta y conflictiva plasmación es lo que se proponen determinar los autores aquí reunidos.

La atención puesta en los resortes culturales de la historia contemporánea francesa no excluye, por supuesto, un notable desarrollo de la historiografía propiamente política. Ese «retorno de lo político» que caracterizaba la historia contemporánea según un balance reciente de François Dosse <sup>6</sup>, se ha prolongado indudablemente en 1993. Pero esa nueva e insistente aproximación a la historia política no se hace siempre en los términos más tradicionales, y son varios los autores que tratan de vincularla precisamente a los resultados alcanzados en otros campos. Así ocurre, en particular, en la parte dedicada a «las Francias» de los mencionados *Lieux de mémoire*: bajo el concepto genérico de «conflictos y repartos», los apartados correspondientes a los binomios considerados como fundadores de una cierta modalidad de vida política francesa, como «la derecha y la izquierda» (Gauchet) o incluso «gaullistas y comunistas» (Nora), están considerados aquí en función de su papel particularmente relevante en la «memoria» histórica de los franceses; pero en una memoria activa y actualizada en cada instante de la vida política del país, por lo menos desde 1945 hasta mediados de los setenta. Este acercamiento particular a los fundamentos culturales de la vida política francesa no excluye, sin embargo, que sigan desarrollándose por otra parte unas investigaciones que pueden ser calificadas acaso de más clásicas si no se atribuye a esta última palabra valor peyorativo alguno: en esta línea se sitúa entonces, por ejemplo, la *Histoire de l'extreme droite en France*, título sin duda algo excesivo para un volumen en el que Winock reúne una serie de estudios monográficos dedicados por sus autores respectivos (Azéma, Birbaum, Milza, Perrineau, Prochasson, Rioux, Winock) a diversos momentos específicos de la historia de esa extrema derecha francesa que va desde el legado contrarrevolucionaria-

---

<sup>6</sup> DOSSE, F., «La historia contemporánea en Francia», *Historia contemporánea*, núm. 7, 1992, pp. 17-30.

rio en la Francia decimonónica hasta la implantación del *Front National* en la Francia de hoy <sup>7</sup>.

Sea cual sea la metodología adoptada, una etapa obligada del itinerario de la historia política francesa actual es el «momento» crucial de la segunda guerra mundial y, más particularmente, del período de la ocupación alemana, con la consiguiente colaboración y constitución del régimen de Vichy, considerado por Burrin en la obra dirigida por Nora, o por Azéma en la de Winock, por no poner más que estos ejemplos. Esta presencia insistente constituye a la vez una evidencia -¿cómo hablar de la historia contemporánea, y más aún, de la historia del «tiempo presente» sin referirse a ese período crucial?- y una relativa innovación: hasta fecha muy reciente, la sociedad francesa no lograba enfrentarse a esa fase crucial de su historia desde la óptica de una historiografía científica. El silencio más o menos vergonzante sobre la colaboración o la idealización romántica de los resistentes fueron durante un largo tiempo la principal tónica de este terreno. Hoy, sin embargo, parece que las cosas están cambiando, de forma que Vichy o la Resistencia pasan a ser objetos de un debate favorecido por el paso del tiempo y la apertura progresiva de archivos y documentos. Sin embargo, los resultados de este proceso pueden ser todavía muy desiguales. Por una parte, es notable que, bajo la presión de los acontecimientos presentes, aparezca cada vez más necesaria la clarificación del pasado inmediato. Es a una preocupación de esta índole a la que responde la decisión adoptada por la jerarquía católica de abrir sus archivos a una comisión de historiadores, presidida por Rémond, para aclarar las nada claras relaciones entre Touvier, jefe de la milicia de Vichy, y los medios católicos que le protegieron y escondieron durante decenios en los secretos de unos cuantos conventos de filiación integrista: el resultado de las investigaciones de la comisión se publicó a finales de 1992 <sup>8</sup>. Aunque de signo contrario, y de significado muy otro, a ese mismo esfuerzo esclarecedor sobre zonas oscuras de los años 1939-1945 corresponde la publicación en Francia de algunas investigaciones de origen ruso (o ex soviético) sobre la actuación del partido comunista francés en los primeros momentos de la ocupación alemana: tanto la revista *Communisme* (Courtois) como la del Institut de Recherches Marxis-

---

<sup>7</sup> WINOCK, M. (dir.), *Histoire de l'extrême droite en France*, París, Seuil, 1993.

<sup>8</sup> *Paul Touvier et l'Église*, París, Fayard, 1992.

tes (Martelli), dependiente del propio PCE, han publicado los documentos que parecen implicar directamente a Jacques Ducloux en la singular tentativa de lograr el permiso alemán para la edición del periódico *L'Humanité* en 1940, en el marco regido todavía por los análisis que habían conducido al pacto germano-soviético, y avalados de esta forma por la dirección comunista francesa.

Si de este modo se van perfilando las vías de un conocimiento más cabal de las complejidades de unos años turbios, no es oro todo lo que reluce, y el indispensable debate ha sido a veces seriamente distorsionado por fenómenos que, aunque puedan parecer periféricos, no dejan de tener un serio impacto. El caso más espectacular, por más sensible, es sin duda el que ha provocado la publicación reciente del libro de Thierry Wolton relativo a Jean Moulin<sup>9</sup>. A partir de una supuesta documentación original de procedencia rusa -poco controlable, poco o nada contrastable y de la que no se sabe bien cuál es el verdadero origen- se trata de acreditar la tesis espectacular de que el jefe de la resistencia interior francesa, representante del general De Gaulle, era nada menos que un agente soviético, así como por lo demás el ex ministro del aire Pierre Cot, de quien había sido jefe de gabinete en el gobierno de Frente Popular, y, de forma más general, todos los miembros del ala izquierda del partido radical. Obra de un historiador improvisado, y periodista real, el libro no parece presentar las características de rigor que pudieran esperarse para sustentar semejantes acusaciones y, por lo mismo, ha provocado un debate, no exento de polémica cargada de extraños resabios ideológicos: Furet salió a la palestra, en *Le Nouvel Observateur*, en defensa del libro de Wolton, muy atacado a la inversa por Jean Lacouture y, posteriormente, por el biógrafo de Jean Moulin, Daniel Cortier. Más recientemente todavía, el conjunto del asunto ha sido objeto de un análisis agudo, sumamente crítico para lo que representa la obra de Walton y, sobre todo, para el método y los mecanismos que ésta supone, que Vidal Naquet ha publicado bajo el título *Le trait empoisonné*<sup>10</sup>.

El repaso de este escueto muestrario de la más reciente producción historiográfica francesa tiende a mostrar que, acaso más que nunca, la historia sigue siendo esa «pasión francesa» de que habla

---

<sup>9</sup> WOLTON, T., *Le Grand recrutement*, París, Grassct, 1993.

<sup>10</sup> VIDAL NAQUET, P., *Le trait empoisonné (Réflexions sur l'affaire Jean Moulin)*, París, La Découverte, 1993.

Philippe Joutard en *Les formes de la culture*; o, dicho en otros términos, todo parece indicar que la situación histórica que vive Francia hoy conduce a revitalizar unas grandes interrogaciones -sobre la identidad, sobre los espectros del pasado reciente, sobre la actuación de sus más emblemáticas figuras...- , sin llegar todavía a abordar plenamente todos los temas conflictivos de los últimos decenios. La guerra de Argelia, sin ir más lejos, tal como la han vivido los reclutas (esos famosos *appelés* y *rappelés* de los años cincuenta y sesenta) o los inmigrados argelinos de París (con las matanzas de 1961), empiezan ahora a ser evocadas en películas o artículos, pero quedan todavía al margen de la investigación académica erudita, aunque ya no de la síntesis global y divulgativa con la publicación de la obra reciente de Miquel sobre el tema. Como quiera que sea, esta labor historiográfica, bastante notable en cantidad y calidad, señala de algún modo, y a pesar de todas las crisis ideológicas y de las muchas *contestaciones* metodológicas, la función cívica que sigue desempeñando la historia para la sociedad civil francesa, siempre y cuando logra preservarse de la desviaciones más preocupantes a las que las somete inevitablemente la presión de las diversas tribunas mediáticas.